

“ECOLUDECES”: MITO DE MITOS

En los últimos veinte años, con el corte de cinta inaugural de la Era Verde que supuso la Eco'92 de Río de Janeiro, crecieron de manera paralela y exponencial los problemas ambientales y la cantidad de charlatanes dedicados a explicarlos e ilustrarnos acerca de lo sencillo que es resolverlos “si tomamos conciencia”. La cantidad de diagnósticos y propuestas de soluciones mágicas, sin embargo, resulta directamente proporcional al empeoramiento de la situación. Llueven, no obstante, las recetas y las invocaciones a cambios de conductas individuales que garantizan una suerte de aproximación sucesiva a la felicidad ecológica.

Cual gigantesco manual de autoayuda verde, los medios de comunicación –y a veces las editoriales, los blogs y hasta las publicidades institucionales de empresas o las estrategias de *marketing*– están repletos de publicaciones que indican que la solución al desmadre ambiental estaría a la vuelta de la esquina. Pero nos demoramos en alcanzarla. Y nadie entiende bien por qué.

Todos saben, sabemos, en teoría, cómo terminar con los problemas ambientales, salvar al planeta y volver a vivir en armonía con nuestro entorno, cual si remedáramos un tiempo lejano que imaginamos en equilibrio con la naturaleza. Quizás ahí aparezca

una primera contradicción insalvable: las consignas que sobrevuelan indican que debemos entrar más en contacto con lo natural, consumir menos productos nocivos, generar menos basura, usar menos electricidad, todos consejos que van a contramano del sistema en el que vivimos y que, no lo neguemos, en un punto asociado con el deseo, disfrutamos. Nada –salvo una tesis repetida, pero no por eso comprobada– indica que ese listado de buenas conductas nos llevará a la solución de los problemas ambientales, independientemente de la escala de estas calamidades (calentamiento global, extinción de especies, contaminación de ríos, basurales a cielo abierto, aire irrespirable).

Se sabe cómo resolver los problemas ambientales, pero no se consigue solucionarlos; por el contrario, aparecen empeorados. Sabemos cómo solucionar los problemas ambientales y, no obstante, cada día redescubrimos –lugar común– cómo los humanos estamos destruyendo el planeta. ¿Qué esperas para salvarlo?, se nos interpela como si apenas se tratara de accionar una palanca distinta a la que accionamos cada mañana, adquirir la conciencia indispensable y convertirnos en seres “amigables” con el medio ambiente.

Estas páginas están siendo escritas exactamente veinte años después de aquella Cumbre de la Tierra de 1992 que, en los papeles y los discursos inflamados de los jefes de Estado, daba inicio a la era de remediación de los problemas ambientales: ya hemos destruido demasiado el planeta, decían los líderes del mundo en Río de Janeiro, ahora es tiempo de recuperarlo. Tras dos décadas, una nueva cumbre llamada Río +20 en homenaje a aquella y con la falta de originalidad de efectuarla en la misma ciudad, pretendió erigirse como el nuevo faro de la batalla mundial contra el deterioro ambiental. El fracaso fue escandaloso. Fue un fracaso por la Cumbre en sí y por la inoperancia de dos décadas gastadas en millonarias inversiones, viajes, programas de ayuda, proyectos imposibles de fallar.

La Eco' 92 había sido un salto cualitativo respecto de la que veinte años antes, en Estocolmo, inició la era de las reuniones de Naciones Unidas para tratar la cuestión ambiental global. Estocolmo había sido una convocatoria solo para entendidos y para el incipiente mundo del ambientalismo que, tras el declive de otras manifestaciones más “guerreras” de la década del sesenta, presentaba a la crisis ecológica como el nuevo escenario de la confrontación contra el *establishment*. Justamente, la conferencia de Naciones Unidas sobre “ambiente humano” realizada en Estocolmo había sido una conquista arrancada luego de la movilización del 22 de abril de 1970, que dio nacimiento a las protestas ambientales y al movimiento ecologista mundial. Solo dos jefes de Estado asistieron a aquella cumbre, periodísticamente desapercibida en medio de la Guerra Fría.

La Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992 consiguió absorber en forma institucional todo lo que en los veinte años transcurridos desde Estocolmo se había verificado en términos de deterioro ambiental: la revolución tecnológica del siglo xx dejaba impresos sus síntomas en el planeta. Así, mientras Estocolmo apenas repartía consignas hasta entonces desconocidas más asociadas a la contaminación y la lluvia ácida, en Río '92 se otorgaba estatus institucional a la biodiversidad (a la pérdida de), al cambio climático (al desbarajuste que haría el planeta inhabitable para los seres humanos) y se abría la puerta para el concepto que habría de marcar los discursos ambientales hacia la posteridad: el desarrollo sustentable. Hasta un mapa de acciones “urgentes”, conocido como Agenda 21, traducía la noción de compromiso con el futuro inmediato que, todos sin excepción, admitían que se debía adoptar.

Dos décadas después, se confirma que todos los indicadores ambientales, principalmente aquellos que en 1992 habían hallado en el desarrollo sustentable la fórmula de la reversión del deterio-

ro, han empeorado. El cambio climático, por ejemplo, solo cosechó decenas de informes indicando la proximidad del Apocalipsis, conocido técnicamente como “punto de no retorno”: los famosos tres grados centígrados de incremento de la temperatura del planeta, más allá de los cuales –incluso considerando una irreal abolición inmediata de la emisión de gases de efecto invernadero– la ciencia no presume que exista forma de recuperar el estado anterior. De hecho, el volumen de emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera no solo no disminuyó desde la creación de la Convención sobre Cambio Climático en 1992, sino que se incrementó contra todas las recomendaciones, protocolos y acuerdos firmados. En cuanto a la biodiversidad, no solo no se revirtió la tendencia a su explotación irracional, sino que se profundizó: la llegada del capitalismo a China agregó mercados de demanda de alimentos que, de manera sistémica, presionan sobre los recursos naturales –por ejemplo a través de un incremento aberrante de la desforestación– para liberar tierras potencialmente arables. El desarrollo sustentable sigue siendo una entelequia (¿lo será de manera absoluta?) y la Agenda 21 desapareció de los lugares que solía frecuentar.

La cumbre Río +20 fue tan estruendosamente pobre que ni siquiera tuvo repercusión mediática, debido a que se conocía de antemano su condición de fracaso. Fue, como lo calificó Antonio Brailovsky, un paradójico encuentro furtivo en el que participaron ciento treinta jefes de Estado. Ellos fueron los mejores y más conspicuos testigos de la constatación de un listado desagradable: el que integran los más graves atentados ambientales ocurridos justamente en los veinte años en los que la crisis ecológica debía ser revertida gracias al desarrollo sustentable.

En el transcurso de las dos décadas de compromiso ambiental mundial que se conmemoraron en 2012 se produjeron, por ejemplo, el mayor derrame petrolero (British Petroleum en el golfo de México) y el mayor accidente nuclear (Fukushima) de la histo-

ria, así como el efecto más furibundo del cambio climático sobre una sociedad supuestamente preparada para enfrentarlo (*Katrina* sobre Nueva Orleans), la aparición de un sistema de saqueo mundial descontrolado (la minería a cielo abierto) y la irrupción de la genética vegetal como plataforma de consolidación agrícola del monocultivo que la evolución invirtió miles de años en desterrar de la naturaleza.

Sin embargo, pese a ese rotundo fracaso y al dato cierto de que la parte determinante de ese fracaso es la ausencia de políticas, compromisos y cambios profundos en el sistema económico mundial, se siguen enunciando consignas de conciencia individual como las llaves para el futuro promisorio que nos aguarda cuando nos dignemos a comprometernos. Alguna vez se deberá discutir con seriedad –el día en que los foros internacionales sean ámbitos para discutir con seriedad– cómo se puede pretender un cambio de conducta colectiva si el sistema empuja en dirección contraria.

Es un lugar común que las publicidades o avisos destinados a alertar sobre el deterioro ambiental o incluso propuestos para difundir alguna política pública al respecto apunten a señalar que la conciencia individual es la condición *sine qua non* de la solución. Una publicidad holandesa, en la que una botella de plástico quedaba tirada en la calle mientras pasaban los años, se preguntaba a modo de moraleja si debemos esperar a la próxima generación para iniciar el cambio. En una suerte de espiritualismo ecológico ineficaz daba así por sentado que hasta que no comience el cambio “interior”, la botella permanecería fuera del cesto que debía contenerla y se ahondaría el progresivo deterioro ambiental.

“Los grandes cambios empiezan un día”, pontificaba una publicidad del gobierno de la ciudad de Buenos Aires que apuntaba a concretar una “Ciudad Verde”. En una especie de política voluntarista de progresión aritmética y tendencia asintótica hacia el ideal, dicha publicidad ilustraba que “un día” empie-

zan los grandes cambios, parafraseando a aquel economista que sostuvo que el largo plazo empieza hoy, como demostración de que lo contrario supone postergar *sine die* cualquier política efectiva. “Ese día”, de acuerdo con aquella publicidad, ocurría que una persona ponía la basura en el contenedor haciendo “que todo esté un poquito más limpio”; otra desistía de la bolsa que le ofrecía la cajera del supermercado y hacía que “se usen un poquito menos de bolsas” y una tercera tomaba su bicicleta en vez de su automóvil “y la ciudad tiene un poquito menos de humo”. El mensaje final era que a “ese” día debe seguirle otro y un sumatorio indetenible hacia “aquel” día en que todos los millones de habitantes hayamos puesto la basura en el contenedor, hayamos rechazado la bolsa del supermercado y hayamos viajado en bicicleta: el medio ambiente se habrá salvado y todos seremos los héroes anónimos.

Lo notable es que como telón de fondo de esta idea de “comenzar el cambio desde nosotros” lo que abunda es la ausencia de políticas de Estado y la falta de ejemplos institucionales. En cuanto a los residuos, desde 2004 rige en la ciudad de Buenos Aires la Ley de Basura Cero que impone una reducción progresiva de residuos enviados a los rellenos sanitarios ubicados en el conurbano bonaerense. No obstante, pese a que la norma establecía que en 2010 el 1,5 millones de toneladas de basura anuales de 2004 debía reducirse en un 30 por ciento y que en 2012 debía llegarse solo a la mitad, la ciudad de Buenos Aires envió 2 millones de toneladas en 2010, un 20 por ciento más en 2011 y la proyección para 2012 es de 2,5 millones de toneladas. De los ocho años de vigencia de la ley, cinco corresponden al gobierno de un mismo partido, el autor de la publicidad de marras. Parafraseando a la publicidad oficial del gobierno porteño, habrá que esperar “un día” en que la administración política de la ciudad comience a cumplir la ley de Basura Cero.

En cuanto a las bolsitas que los supermercados entregan alegremente, que presuntamente son dañinas porque no son biodegradables (como si el resto del *packaging* que va con la basura que la ciudad lleva a los rellenos sanitarios lo fuese), en la Capital de la Argentina hay una norma (3147) que propende al reemplazo progresivo de bolsas y sobres no biodegradables, pero para quien primero vencieron los plazos es para el Estado municipal¹. ¿Puede descansar la responsabilidad por solucionar los desmares ambientales en la espalda de los ciudadanos que no tienen otro estímulo que la publicidad que los escarnece si no muestran conciencia? ¿Puede alguien que vive en esa ciudad creer que su aporte individual va a reemplazar la ausencia absoluta de conciencia y compromiso institucional?

Lamentablemente, la verdad es otra y más próxima a la idea de que sin políticas públicas serias, consistentes y tendentes a cambiar los reales motivos del deterioro ambiental y a hacer operativo el cambio de conductas colectivas, no habrá mejoría por más que la suma de los individuos “conscientes” vaya en ascenso. Está demostrado por la sociología, pero antes que nada por la experiencia histórica de los cambios sociales y el sentido común, que la conciencia colectiva no es la suma algebraica de las conciencias individuales.

-
1. La ley 3147 de la ciudad de Buenos Aires tiene por objetivo fomentar el desarrollo de la producción de bolsas biodegradables; la reducción progresiva y posterior prohibición en la entrega de bolsas no biodegradables por parte de los comercios; y la sustitución de sobres y bolsas no biodegradables por aquellos que sí lo son. Fue aprobada en 2009 y reglamentada dos años después. El artículo 5 determinaba que quedarían prohibidos los “sobre biodegradables” en dos años “a contar desde la vigencia de la presente, por parte de organismos públicos del Gobierno de la Ciudad que envían correspondencia con destino dentro de los límites de la misma. El 2 de agosto de 2012, el diario *La Nación* anunció una resolución complementaria de dicha ley que determinaba la postergación en los plazos de ejecución del reemplazo de las bolsas para los supermercados. Nada decía sobre la obligación impuesta por la ley al gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Pese a que la nota periodística anunciaba la publicación de esa resolución en el Boletín Oficial, hasta el cierre de este libro no fue posible hallarla.

En el ámbito más pedestre del razonamiento ambiental proliferan los que aseguran que si todos abriéramos los grifos quince minutos menos cada día, la limitación del agua potable sobre el planeta dejaría de ser una amenaza. O que si encendiéramos la luz cuatro minutos dos quintos menos cada jornada, el cambio climático alejaría su riesgo drásticamente. O que si juntáramos todas las botellas de plástico que recorren nuestra casa y, en vez de mezclarlas impúdicamente con las latas de atún o los restos de cebolla, las pusiéramos en una bolsa aparte, preferiblemente de color verde esmeralda y elimináramos esa bolsa –por supuesto biodegradable– cada tarde de 19 a 19,07 menos los sábados, la presión de los residuos sólidos urbanos sobre nuestra salud disminuiría automáticamente y los rellenos sanitarios serían cosa del pasado. O que si dejáramos de imprimir el resumen de la tarjeta de crédito (no el recibo de luz o de gas, aunque nadie sabe por qué en ese caso no funciona) o simplemente usáramos la opción de “impresión en borrador” de nuestra computadora, rápidamente los árboles volverían a morir de pie en vez de hacerlo bajo el yugo de una motosierra. O que –como pude escuchar atónito en un consejo radial– si cada vez que viajamos usáramos para identificarnos como dueños de nuestro equipaje los marbetes que vienen con las maletas en vez de las etiquetas que nos dan las aerolíneas, ahorraríamos miles de toneladas de papel. O que si dejáramos de utilizar el detergente comercial y laváramos la vajilla con una mezcla de jabón blanco, vinagre y agua, los peces del río al que desembocan nuestros desechos respirarían más aliviados y nos agradecerían. O que si los molinos eólicos poblaran nuestros valles o los paneles solares habitaran el techo de cada uno de nuestros edificios la economía del petróleo –que tantos millones de toneladas de dióxido de carbono suelta a la atmósfera cada segundo contribuyendo al cambio climático– no tendría más remedio que rendirse en el altar de un mundo más sano.

Y así eternamente...

Evidentemente, a juzgar por los pobres resultados que tantos consejos han cosechado, podríamos inferir que es hora de modificar la receta. Estamos condenados al éxito pero nos tomamos demasiado tiempo para empezar siquiera a perseguirlo. Alcanzarlo por esta vía es una quimera.

Una falencia básica que tienen todas las propuestas de adopción de compromiso verde es que su éxito está determinado básicamente por una condición algebraica: solo la suma de una cantidad mayoritaria de adeptos logra mover la aguja y darle peso específico a la solución propuesta. Esta condición, ontológicamente hablando, convierte a la receta en imposible: ¿Cómo convencer a todos los habitantes de una ciudad de, por ejemplo, 3 millones de habitantes de que apaguen la luz tantos minutos al día, reduzcan el uso del agua tantos litros por hora, o usen el aire acondicionado en 24 grados? Y en el caso hipotético de que convenciéramos a todos los automovilistas de no tirar papeletos por las ventanillas de los autos, ¿cómo imaginamos que eso podría reducir la cantidad de residuos que la ciudad envía a un vertedero?

Una segunda falencia deriva directamente de la anterior. Nuestras conductas capitalistas, empujadas por el consumo irrefrenable, no son consecuencia –apenas– de nuestra supuesta escasa conciencia ambiental. Existen tanto un sistema como una macroeconomía, una cultura y un estímulo explícitos a favor del consumo, en la mayor parte de las veces suntuario. Es bueno ser conscientes y, en la medida de lo posible, reducir lo superfluo en nuestros comportamientos, pero sin olvidarnos de que es imposible (o, más que imposible, psicótico) vivir fuera del sistema estando dentro del mismo. Si una publicidad nos convence de que la felicidad es el automóvil que corre a 250 kilómetros por hora, es más que una propaganda en sentido contrario lo que se le debe

proponer a la sociedad para que actúe consciente de que el futuro solo será viable si viaja en bicicleta. Todos los indicadores de consumo –promedio, claro está, pues la desigualdad también es constitutiva y culpable de este escenario– aparecen multiplicados varias veces a lo largo de las últimas décadas. ¿Cómo se puede pretender obtener un comportamiento opuesto al del sistema imperante solo por “convencimiento”?

En cierta ocasión este autor fue invitado a una presentación de una marca de agua mineral que anunciaba el lanzamiento de una botella de pet ecológica (una más). Salvado el oxímoron (pet y ecológico no son palabras que puedan asociarse sin precipitar un cortocircuito conceptual), se detuvo a escuchar de qué se trataba la decisión comercial que exponía el compromiso ambiental de dicha empresa. El secreto era que, respecto de los envases convencionales, esta marca lanzaba una botella que gracias a su novedoso diseño demandaba un 25 por ciento menos de pet para su fabricación. Ese, ni más ni menos, era el nudo ecológico que desataba esta empresa: su compromiso ambiental era tal que la constelación de botellas lanzadas a la basura sumaría un cuarto menos de plástico no degradable al cabo de la cuenta final de residuos. Curioso, pregunté por qué no apelar a la producción de botellas de vidrio, sabiendo que son ciento por ciento reciclables y en caso de no haber demanda para reciclaje, se trata de envases retornables, con lo que su acumulación volumétrica y contaminante en el caudal de residuos urbanos tiende a cero en comparación con el plástico. La contestación fue de una sinceridad próxima al suicidio conceptual: “El mercado prefiere el pet”, respondió ácidamente la responsable de la presentación, lógicamente experta en *marketing* pero no en política ambiental.

El Estado, en términos capitalistas, está moldeado para adecuar, promocionar y hasta subordinar los esquemas de consumo social a las pautas de reproducción de la renta empresarial. Quie-

re decir que lo que consumimos no es lo que “queremos” sino lo que se nos impone. ¿Por qué, si es que hay “conciencia” de la proximidad al abismo ambiental, no hay una política pública que desaliente el consumo de aquello que según está demostrado alimenta el camino hacia ese precipicio? ¿Por qué, hablando del ejemplo de la botella de “pet ecológico”, no puede implementarse una política de Estado que progresivamente prohíba –sí, que prohíba, ya que está en juego el bien común– la fabricación de botellas de pet y estimule su reemplazo por botellas de vidrio? Está claro que, con tiempo y planificación pero con compromiso, se puede producir un cambio de esas características sin exagerados perjuicios a la industria y al empleo asociado.

Yendo a una escala más global, un político insospechado de pretender cambiar el capitalismo por un sistema que no endiose la plusvalía, el ex vicepresidente de los Estados Unidos Al Gore, indicó por qué fracasaban sin cesar todas las cumbres sobre cambio climático: porque las soluciones que brindan no se ajustan a los parámetros del sistema económico imperante. “Mientras no se grave o al menos se deje de subsidiar la producción y el uso de los combustibles fósiles es impensable que el planeta vire hacia las energías alternativas”, sostuvo. En la edición del 3 de agosto de 2010 del diario inglés *The Guardian* (otro tótem del capitalismo) aparece una explicación de por qué se sigue falseando la verdad al sostener que las energías alternativas son caras: “Los subsidios a los combustibles fósiles son diez veces superiores a los de las energías renovables”. Las nociones de precio, largamente detalladas por Marx, quedan al desnudo: decir que el petróleo es caro o barato sin considerar los subsidios directos o indirectos (la omisión en la estructura de costo de la recuperación ambiental de los daños provocados tanto por derrames como por las emisiones constantes de dióxido de carbono a la atmósfera) es de una ignorancia que teniendo en cuenta el tamaño político, institucional y

económico de los emisores de ese mensaje solo se explica en la deshonestidad intelectual. “Todo necio confunde valor y precio”, dice el economista ecológico Joan Martínez Alier².

Gracias a esa deshonestidad intelectual –consciente o implícita– el deterioro ambiental se explica sin profundidad y las soluciones a dicho drama se condensan en un catálogo infinito de “ecoludeces”, la inmensa mayoría de las cuales solo es portadora de un mensaje tranquilizador de conciencias y expiador de culpas, pero de una gigantesca inoperancia. Para no ofender el buen gusto, en este libro las “ecoludeces” serán denominadas “mitos”. La definición de mito refiere a un relato mitológico, protagonizado por seres sobrenaturales. La utilización actual de la palabra mito responde a la idea de algo que es reiterado de manera sistemática como verdadero aunque se sabe de su falsedad intrínseca.

Antropológicamente Claude Lévi-Strauss³ asociaba la creación de los mitos a la reconciliación de polos opuestos, de modo de subsanar o atenuar la angustia que provoca su condición de irreconciliables en la realidad. La vida con la muerte, el bien con el mal: su asociación en un mito conjura la angustia de su contradicción insalvable en la realidad. Justamente, es angustia lo que desata la incertidumbre respecto del futuro ambiental, en tanto los pronósticos aseguran que lo que nos espera es el desmadre o al menos un planeta en el que la vida tal como la conocemos no será posible. Los mitos ambientales aparecen entonces como intentos profanos de calmar esa angustia con la enunciación de sencillos procedimientos que garantizarían la

2. Martínez Alier, Joan. “Conflictos ecológicos por extracción de recursos y por producción de residuos”, revista *Letras Verdes*, abril de 2009.

3. Claude Lévi-Strauss. “La estructura de los mitos”, artículo publicado originalmente en *Journal American Folklore*, vol. 78, n. 270, de octubre-diciembre de 1955.

solución a esos dilemas. Sin embargo, no los solucionan, y prorrogan indefinidamente la angustia.

Uno de los males más perjudiciales para cualquier cambio en sentido progresista de la estructura social es la instalación del pensamiento único. La crisis a la que hoy asistimos –como insisten muchos pensadores que no están de acuerdo con la idea del gatopardismo ambiental– es principalmente una crisis social, económica y política, antes que ecológica. En todo caso, lo ecológico devenga los intereses que se deben pagar ambientalmente para sostener el desmadre social. Y ese pensamiento único que proclama una vuelta al equilibrio con la naturaleza pero impone el mantenimiento de las condiciones sociales actuales se horroriza cuando alguien no venera el desarrollo sostenible o no eleva la tríada de reciclaje, energía limpia y producción sustentable a la estatura de dioses contemporáneos. Lo dramático es que no sacrificar ese dogma no significa negar la necesidad de una mirada ambiental sobre las cosas, sino que por el contrario implica una mirada crítica, la de aquellos que no ven que dichas recetas conduzcan a la solución.

Quizás es momento de enfrentar y combatir el pensamiento único, en cuanto “cierre del universo del discurso impuesto por la clase dominante”, según definió Marcuse a lo que llamaba “pensamiento unidimensional”⁴. Quizás sea hora de develar esos mitos y descubrir que en la realidad ambiental aquellos opuestos irreconciliables de los que hablaba Lévi-Strauss no son tales. O,

4. En *El hombre unidimensional* Herbert Marcuse ataca ese pensamiento que, desde una posición dominante, mutila la complejidad y contradicción de la realidad y estigmatiza a través de “categorías” impuestas: “libres” son las instituciones y pensadores del mundo occidental y cristiano y “socialistas” son quienes atentan contra la propiedad privada. Hoy, el pensamiento unidimensional cristaliza a quienes promueven un debate para integrar la dimensión ambiental en las decisiones –y no en la remediación de las consecuencias– como “objetores del progreso”.

mejor dicho, son irreconciliables en tanto se sigan manifestando en el contexto actual, en el sistema económico y social imperante. Será cuestión de admitir y reconocer qué cosas realmente hay que modificar para que los mitos se desvanezcan y la solución a los problemas ambientales no sea expresada en términos de optimismo superficial sino como tarea concreta de la sociedad.

Con ustedes, los mitos.